





Los
Señadores
de
Curvas Locosas

SERIE *joven*

Primera edición,
Septiembre 2011

Copyright © Fabiana Iglesias
Copyright © Mundos Épicos Grupo Editorial
Copyright de las ilustraciones © Mundos Épicos Grupo Editorial

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
ALL RIGHTS RESERVED

**MUNDOS
EPICOS**
GRUPO EDITORIAL

C/ Rosa García Ascot, 11
Portal 4, 3ºB, 29190
Puerto de la Torre, Málaga
Tlf: 951 93 11 34
info@mundosepicos.es
www.mundosepicos.es

ISBN: 978-84-92826-23-0
Ilustración de cubierta: MIGUEL REGODÓN HARKNESS
Diseño gráfico y maquetación: SILVIA POU

Impresión: PUBLICACIONES DIGITALES S.A.

Depósito legal:

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro,
ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma
o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia,
por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

<http://curvasrocosas.mundosepicos.es>



FABIANA IGLESIAS



*Dedico este libro
a mis amigos del alma.*





Lolvió a tener ese sueño... Ya no podía contar las veces que había soñado lo mismo, con ese sitio tan extraño donde todo parecía muy viejo, y con el niño de la boina verde. ¿Dónde un chico de su edad iba a usar algo así tan, tan...? ¿Tonto? Pero ese niño no era tonto; al contrario, la miraba como si lo supiese todo sobre ella, ¡hasta lo que pensaba en cada momento!

Era todo muy raro...

¿Y a quién podía contárselo?

A su padre, imposible; no se lo tomaría en serio. Su madre la escucharía, sí, pero tenía demasiadas preocupaciones en su cabeza como para dejar sitio a una más.

Quedaba el primo Jaqui, y por supuesto Lucre: ellos eran sus mejores amigos. Bueno, en realidad, eran los únicos amigos que tenía. Tía Regina siempre le decía que pasaba demasiado tiempo encerrada en su habitación como para darse a conocer a los niños del barrio. Y menos mal que tía Regina no iba a espiarla a la escuela: habría visto que sus compañeros pasaban de ella en general. Bien, a ella tampoco le importaba tanto este detalle, salvo cuando la maestra los obligaba a trabajar en grupo. ¡Qué horror! Ahí se sentía más que inútil, completamente inservible. Entre su timidez y el maldito tartamudeo cuando se ponía nerviosa, la conclusión era que para el bienestar de todos debía estar lo más callada posible.

En fin, que no era la chica más popular. ¿Y qué decir de su aspecto? Flaca como un palo de escoba (algunas chicas de su edad ya habían estrenado sujetador), con esa mata de rizos indomables de un color indefinido, *color miel* —le decía su madre para consolarla—, ¡y pecas! Pero ¿no eran sólo los pelirrojos como Nicolás el del almacén los que debían tener esa maldición? Pues ahí estaban esos puntitos molestos

Los Soñadores de Curvas Negras

sobre su nariz, ¡así como iban a tomarla en serio! Aunque algunos lo hacían: sus amigos, su madre a veces, y por supuesto no iba a olvidarse de Cleo. Cleopatra era su más fiel compañera y confidente desde hacía cinco años, cuando una tarde apareció en el jardín, hambrienta y perdida.

Ahora se había convertido en una preciosa gatita negra con una patita blanca, como si no la hubiesen terminado de pintar. Lo que más le gustaba de Cleo eran sus ojos, verdes, enormes, y se hacían más claros cuando contemplaba desde la ventana alguna paloma distraída.

Pues bien, Cleo era la única a la que le había contado ese sueño que se repetía. Tenía que encontrar el modo de hacerlo con Jaqui y Lucre. Sería cuestión de reunirlos en su 'centro de operaciones' (así habían llamado al viejo galpón donde se reunían desde pequeños para organizar sus juegos y posteriormente sus investigaciones, como quién le había robado su carpeta de Lengua a Lizzi Cohen, la gordita de cuarto, que finalmente les pagó generosamente la recuperación de la carpeta con dos tebeos para Jaqui y chocolatinas para las chicas).

Ya decidida, cruzó la calle principal en dirección a la panadería, ya que su madre esta vez no le perdonaría olvidarse de la compra del pan como la última vez.

De repente, escuchó:

—¡Eli, Eli, espérame!

Era Lucre, que bajaba corriendo la calle, cargada de carpetas y libros.

—¡Te he buscado por todas partes en el recreo! ¿Dónde estabas?

—¡Bah!, por ahí, es que salí más tarde porque la señorita Cuca nos obligó a terminar la redacción de hoy, y la mayoría del curso hemos salido casi al final del recreo. ¡Es una déspota!

—Ya. ¿Y ahora dónde vas?

—A la panadería. Mamá no me dejará entrar en casa si vuelvo a olvidarme del pan...

—Pues la mía se entretiene tanto hablando con las vecinas de al lado, que yo podría desaparecer el día entero y ni se enteraría.

—No digas bobadas —dijo Eli—, a tu madre no se le escapa nada, por muy ocupada que esté. Pero bueno, esta tarde iba a avisarte, que quiero convocar una reunión de urgencia.

Lucre la miró extrañada.



Fabiana Lafesias

—¿Qué me he perdido? Que yo sepa, en la escuela no ha pasado nada fuera de lo normal... ¿Se lo has dicho a Jaqui?

—No. Iba a pedirte que se lo dijese tú, y sólo puedo adelantarte que no tiene nada que ver con la escuela.

—¿Algo sobre el barrio entonces? —insistió Lucre mientras abría la puerta de la panadería.

Eli no contestó, pero le hizo señas con los ojos hacia la izquierda, donde estaban Cintia y Tami, las gemelas que vivían en la calle del Roble, cuya afición al cotilleo era conocida por todos.

No tardaron en llegar a la casa de Eli, cuyo jardín delantero siempre estaba rebosante de todo tipo de flores que crecían *a su aire*, según el padre de Eli, a quien le desconcertaba la falta de orden. Pero a Eli le daba igual la opinión de su padre. A ella le encantaba el jardín. Así que tocando los pétalos de una margarita al cruzar el sendero, le dijo a Lucre:

—Si quieres nos encontramos aquí a las tres y nos vamos juntas al centro de operaciones. Llevaré un termo con té frío, y tú trae unas galletas de tu abuela.

—¡Hecho! —dijo Lucre, despidiéndose con la mano. Siguió andando hacia su casa, tres manzanas más allá.



Mientras masticaba lentamente el quinto bocado del guiso de su madre —«*Elisabet, ¿cuántas veces tengo que decirte que no traigas tu cuaderno a la cocina?*»—, Eli miraba sin ver desde la ventana las nubes que se esparcían rápidamente por el cielo, recordando el sueño de la noche anterior. Ya había decidido lo que iba a hacer: llevaría su cuaderno de notas a la reunión, tras apuntar los detalles más importantes del sueño para no olvidar nada. El niño de la boina verde, las palabras que le había dicho, y ese sitio tan raro adonde la había llevado. No había sentido miedo; más bien curiosidad y extrañeza.

Y algo muy importante diferenciaba este sueño de los demás: en los tres o cuatro sueños anteriores donde había aparecido el niño, éste no había pronunciado palabra alguna. Tan sólo estaba ahí, mirándola a ella en el sueño, encaramado a un árbol o desde algún sitio alto. Esta

Los Soñadores de Curvas Deseadas

vez había hablado. Había aparecido de repente a su lado y le había dicho unas palabras. Ella las apuntó en su cuaderno, aunque se las sabía de memoria:

«Eli, necesito tu ayuda. Mi nombre es Felipe y sólo se me permite acercarme a ti y hablarte por este medio. No olvides lo que voy a decirte. Tienes que recordarlo al despertar».

«¿Qué medio? ¿Ayudarte? ¿Cómo? ¿Y quién eres tú?».

«Sólo podemos hablar en tu sueño. Algo va a ocurrir, Eli. Y depende de ti. Debes estar preparada. Cada paso es importante, ¿lo entiendes?».

«No, no entiendo nada. ¿Algo va a ocurrir? ¿Como qué? ¿Una catástrofe, una invasión extraterrestre, o qué? ¿Es que esto es una pesadilla?».

«No, Eli. —Felipe se rascó bajo el borde de la boina y dijo—: Nada más puedo adelantarte por ahora. Eso sí, no estarás sola en esto. Además de mí, podrás contar con tus amigos. Ellos te acompañarán; cada uno tiene una misión que cumplir. Debo irme ya. Hasta pronto».

De repente, Eli sintió algo frío y húmedo en el borde de su oreja —¡Ay!—. Vio primero los bigotes, y luego los ojos de Cleo, que la miraban desde la almohada. Ésta lanzó un breve maullido y saltó de la cama.

—Elisabet —escuchó la voz de su madre—, ¿ya has terminado?

Y de repente fue consciente de que estaba sentada ante la mesita redonda de la cocina, con el plato a medio terminar y la cuchara suspendida en el aire de camino a su boca.

—Ya casi he terminado, mamá —respondió mientras se incorporaba rápidamente. Tenía una hora para preparar la mochila con las cosas que iba a necesitar para la reunión con los chicos. Esa tarde haría calor.



Jaquí tenía un problema. Bueno, en realidad eran dos. El primero y más urgente era el agujero que se había hecho en el pantalón casi nuevo tras caerse por octava vez jugando a los súper agentes atrapa-monstruos. Eli y Lucrecia se mofaban de ese juego en particular —el nombre del juego era un poco largo—, pero una vez comenzada la persecución de los ‘monstruos’, la cosa se ponía interesante.

En fin, de todas formas esa explicación no iba a servirle para aplacar la indignación de su madre: «¡Jacobó! ¡Qué has hecho esta vez con tu pantalón recién estrenado!».

En fin... El segundo problema, y no menos importante que el anterior, era que iba a llegar tarde a la reunión. Y eso enfadaría a las chicas; a Eli en especial. Se ponía muy pesada cuando creía que uno no tomaba muy en serio las ideas que tenía. De hecho, en la última aventura que vivieron él había arriesgado su pellejo para trepar por el techo de la casa de Milli, la sospechosa principal de unas bromas de mal gusto que estaba recibiendo Jordi el *Piruchi* últimamente. Y todo para descubrir, a no sabía cuántos metros de altura y con las chapas hirviendo bajo sus viejas zapatillas, que le iba a resultar imposible saltar desde allí al patio interior para colarse por la puerta del lavadero.

Así que, camino a casa con la pesada mochila a sus espaldas, imaginaba posibles soluciones: «*Mamá* —le diría a su madre—, *he sufrido un grave accidente cruzando la calle; pero no te preocupes, estoy sano y salvo, sólo me he hecho unos pocos rasguños...*».

No, no iba a colar ésa. La mirada de su madre era un láser a la hora de descubrir cuándo intentaba mentir.

¿Y la reunión? Bien, llevaría unas gominolas extras para aplacar a las chicas.

Los Soñadores de Curvas Reosas

Así que haciendo guiños al sol del mediodía, dio los últimos pasos para entrar en casa.



Ya eran las tres menos cuarto, y Jaqui fruncía el ceño ante el último problema de matemáticas. Su madre esperaba en la salita a que le llevase los ejercicios hechos antes de salir; en eso era implacable.

Tres menos cinco. Le quedaba la última ecuación.

Tres y dos minutos. De pie frente a su madre, esperaba mientras ésta revisaba la tarea.

—Mamá, porfi, has visto que ya está todo hecho, porfi, ¡porfiiii!

—Un momento, Jacobo, es que tienes una letra terrible, ¿qué son estos números?

—Son ceros, mamá, ¡porfi, que tengo un asunto muy urgente!

Su madre levantó la vista del cuaderno y dijo:

—¿Qué puede haber más importante que los deberes? Ése es tu trabajo ahora, Jacobo: ser un buen estudiante. Y el día de mañana podrás ir a una buena universidad.

—Sí, sí, mamá, pero ahora ¡debo irme!

Cogió rápidamente la mochila, pese a las protestas de su madre, y corrió calle abajo; ella quería que por lo menos se peinase antes de salir.



—Ya son las tres y veinte. Eli, vamos a sacar las galletas ahora, si no cuando venga Jaqui no nos dejará ni una.

—Lucre —dijo Eli—, pero si son para la merienda, y es demasiado pronto para...

—¡Está bien, está bien! —dijo Lucre sentándose en una vieja silla de madera—. Por lo menos, empieza a contarme esa noticia tan importante; ¡es que si esperamos a Jaqui tardaremos mil años en comenzar!

—¡Ya estoy aquí! —se oyó que gritaba Jaqui tras dar un portazo—. No he podido llegar antes. A ver, Eli, ¡desembucha tu noticia ya!

Eli lo miró con suficiencia y le dijo:

—¿No nos olvidamos de algo antes?

—¿Qué? —replicó él—. ¡Oh, no! ¿Todavía insistes con eso de las velas?

—¡Déjala, Jaqui! —dijo Lucre—. No te hará daño, y es divertido. ¡Yo las buscaré!

Lucre se inclinó para abrir una de las puertas de una pequeña alacena desvencijada (de hecho, todos los muebles que habían llevado allí eran rescatados prácticamente de la basura). Se incorporó con tres velas en las manos. Las puso en el centro de la pequeña mesa, y fue a buscar las cerillas.

—Está bien —dijo Jaqui—, encended las velas. Pero no pienso cogerme de las manos con vosotras esta vez —y al decir esto miró ceñudo a Eli. La idea había sido de ella.

—De acuerdo —dijo Eli—. Pero tienes que mirar fijamente tu vela cuando diga la oración. Sólo así surtirá efecto.

—¡Ya está todo listo! Jaqui, tú debes encender la vela azul. Eli encenderá la blanca, y yo la roja. —Diciendo esto, Lucre le dio las cerillas a Jaqui.

De repente se hizo el silencio. Después de encender la vela azul, Jaqui le dio las cerillas a Eli, quien encendió la suya, y luego fue el turno de Lucre.

Después se quedaron los tres de pie, alrededor de la mesa, mirando las pequeñas llamas encendidas.

Eli comenzó la oración:

*Ángeles de la luz,
custodios de todo conocimiento.
Guardianes de aquello que aún
no ha sido revelado.
Hoy os invocamos nosotros
para conocer aquello
que aún permanece en las sombras.
Que así sea.*

—Que así sea —respondieron los dos. De repente, las llamas parpadearon un instante. Jaqui miró a Eli, para ver si ella también lo había notado.

—¿Has visto, Eli? ¿Lo has visto? ¿Las llamas? ¿Y tú, Lucre?

Los Soñadores de Curvas Negras

Lucre se giró hacia las dos ventanas de la habitación, cerradas a causa del exceso de calor que entraba de la calle.

—No ha sido una corriente de aire, ¡si apenas hay aire con este calor infernal!

Eli se mantenía en silencio mirando las llamas, en ese momento inmóviles.

—No importa. Quizás ha sido una señal para que sepamos que han escuchado nuestra invocación. Chicos, concentrémonos ahora; es importante que escuchéis con atención.

Abrió su cuaderno y les relató lo del sueño de la noche anterior.

—El niño era muy real. Y lo que me dijo no me lo pude haber inventado. No sé cómo ha ocurrido, pero este sueño era real, siento algo aquí —remarcó golpeándose el pecho con el puño— que me dice que ha existido, no es producto de mi imaginación.

—Pero lo soñaste —replicó Jaqui—. Eli, todos a veces hemos sentido eso que tú dices con algún sueño, y peor, con alguna pesadilla. La sensación de haberlo vivido, de que realmente te caías por un precipicio, por ejemplo. Pero es un sueño. Te despiertas y todo eso desaparece: ¡pum!

—Yo te creo, Eli —intervino Lucre.

—¡Vamos, por favor! —exclamó Jaqui—. ¡Menuda novedad! ¡Si tú te crees todo lo que te dicen! Si yo te digo que ayer me encontré con un gnomo del bosque, me creerás a mí también...

—¡No es verdad! —gritó Lucre—. ¡Sólo porque seas tú un cabezota y un ignorante, los demás no tenemos por qué serlo!

—¡Basta! —Eli dio un golpe sobre la mesa con las palmas—. ¡Parad ya! ¡Discutiendo así no aclararemos nada! Jaqui, entiendo lo que dices, pero es que este sueño no es como los otros, es más como... No sé, como una especie de visión.

—¿Como la que tiene doña Manuela, la que dice que ve a la Virgen María todos los primeros viernes de cada mes, o algo así?

—Bueno, no era a la Virgen a quien vi, era un niño corriente, creo yo. Pero sí, algo así, aunque no del todo.

—Yo me fío más de ti que de doña Manuela —dijo Lucre—. ¿Le has preguntado a ese niño quién es? ¿Y qué quiere de ti?

—Me dijo su nombre. Se llama Felipe. Y todavía no sé qué quiere. Sospecho que me lo irá diciendo poco a poco. Siento que es algo importante.

—Bien, y a todo esto, ¿nosotros qué hacemos? La que sueña eres tú —dijo Jaqui.

—No sé ni lo que debo hacer yo, pero Felipe os ha nombrado a vosotros también. Sabe que somos amigos, y sospecho que conoce nuestras reuniones secretas.

—¿Cómo? —dijo Lucre—. ¿Es como un fantasma o algo así?

—No, no, pero creo que sabe esas cosas, quizás por ser el niño del sueño, y en los sueños pueden pasar esas cosas. No lo sé.

—Chicas, necesitamos un plan de acción. —Jaqui cogió un lápiz y señaló a Lucre—. Lucre, escribe.

—¿Por qué yo? ¡Ya lo hice la última vez!

—Está bien, lo haré yo.

Jaqui se puso de pie y se acercó a una pequeña pizarra gris, cogió una tiza y comenzó a escribir: «1- Sueño de Eli».

—Eli, cada vez que tengas un sueño de éstos, debes apuntarlo en tu cuaderno.

«2- Aviso al equipo».

—No sabemos con qué frecuencia tendrás ese sueño, si todas las noches, o una vez por semana. Aunque no podamos reunirnos todos los días, debemos mantenernos en contacto por si hay novedades.

Continuó escribiendo: «3- Estrategia».

—Y ¿eso qué es? ¡No estamos en un combate! —exclamó Lucre.

—No es eso, tonta —dijo Jaqui—. Estrategia es algo como cuando tú engatusas a tu madre para que te deje salir, aunque aún no hayas terminado de hacer los deberes.

—¡Eso es mentir, y yo siempre hago los deberes! —replicó Lucre.

—Lo que quiero decir es que se refiere a cómo haces algo para lograr alguna cosa.

—Jaqui, hasta ahí te sigo —intervino Eli—, pero eso ¿qué tiene que ver con mis sueños?

—¿Es que tengo que explicarlo todo? —dijo Jaqui extendiendo los brazos—. Es para cuando el niño del sueño te diga que ve caer una lluvia de meteoritos en el pueblo, ¡hemos de pensar ya cómo construir refugios para salvarnos!

—¡Tú siempre pensando en catástrofes! —dijo Lucre—. Ya son las cinco, chicos, hora de irse. Mamá tiene cita con la peluquera dentro de poco, y me ha hecho prometer que iría con ella.

Los Soñadores de Curvas Reesas

—Muy bien —dijo Eli, y recogió su cuaderno y la bolsa con los restos de galletas—. Nos mantendremos al tanto de este tema. A ver si mañana puedo contaros algo más. ¡Ah! Y recordemos: hemos jurado guardar secreto sobre lo que decimos aquí.

—No te preocupes, Eli —le dijo Jaqui sonriendo—. No le diremos a nadie que tenemos una amiga chiflada.

—¡Oh, cállate! —gritaron las dos.